

FIGURAS BENEDICTINAS LA BIENAVENTURADA RAINGARDIS, MADRE DE PEDRO EL VENERABLE¹

En el siglo XI, la bienaventurada Raingardis, madre de Pedro el Venerable, llegó a ser, a la muerte de su marido, monja en la abadía de Marcigny sur Loire, en Borgoña.

Casada joven, Raingardis se entrega totalmente a su esposo y a los cuidados de su numerosa familia, mientras conserva en lo profundo de su corazón el dolor por no poder desprenderse más completamente del mundo.

No obstante, a la muerte de su marido hacia el 1116, pudo realizar el proyecto de entregarse totalmente a Dios. Entró pues en Marcigny y no en Fontevrault, como lo habría deseado, debido a los vínculos que unían a ese monasterio con Cluny, donde ya se encontraban tres de sus hijos. Allí llevó una vida monástica ejemplar y murió el 24 de junio de 1135, a la edad de alrededor de sesenta años.

La principal fuente de nuestro conocimiento de Raingardis se encuentra en la larga carta en la que Pedro el Venerable hace el elogio fúnebre de su madre. Dirigida a sus tres hermanos monjes: Jourdain, Pons y Armand, estaba en realidad destinada a un extenso público y compuesta según las reglas del género.

Sus orígenes

Los historiadores del siglo pasado quisieron hacer de Raingardis una hija de Geoffroy II de Semur-en-Brionnais, y por lo tanto una sobrina de san

^{*} Monje del Monasterio Nuestra Señora de Belloc (Francia).

¹ De la revista *Voix-de-Belloc*, nº 224, Mars 2012. Traducción del francés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, Abadía *Gaudium Mariae*, Córdoba, Argentina.

Hugo, el gran Abad de Cluny muerto en 1109. Lamentablemente, no hay ninguna prueba documental de esto y es preciso resignarse a reconocer que no sabemos nada de cierto sobre el origen familiar de Raingardis. Como contrapartida, y gracias a su hijo, conocemos bien a su marido: Mauricio, señor de Montboissier en Auvernia y sus siete hijos. Hugo, el mayor —llamado el “*descosido*” como su abuelo, quien debió su sobrenombre a su liberalidad—, conservó el cuidado del patrimonio familiar, secundado por el menor: Eustaquio. En cuanto a los otros cinco, todos hicieron carrera en la Iglesia: además de Pedro, abad de Cluny, Jordán fue abad de La Chaise-Dieu; Poncio, Abad de Vézelay; Armando, abad de Manglieu, en los alrededores de Sauxillanges; Heráclito, por su parte, fue arzobispo de Lyon. Esta elección de la profesión eclesiástica se explica por las costumbres del tiempo: puesto que no había que dividir la heredad, no se ofrecían casi posibilidades de encaminarse más que por ese lado. Pero la piedad de los padres y la generosidad de sus donaciones a favor de los monasterios constituyeron para sus hijos un ejemplo palpable que también tuvo su importancia.

Su vida conyugal y familiar

Prontamente volvió Raingardis su casa muy acogedora. Prodigaba una hospitalidad sin medida. Acogía ampliamente a todos los que se presentaban y sobre todo a los ermitaños y los religiosos en peregrinación. Así recibió ella un día al célebre Roberto de Arbrissel, el fundador de Fontevrault. La palabra del santo la conmovió tan profundamente que hizo voto de reunirse con él en su nueva fundación. Quedaba por obtener el acuerdo de su marido. Mauricio no tardó en rendirse al deseo de su mujer y le prometió dejar el mundo al mismo tiempo que ella.

Por su parte, Mauricio vivía en el temor de Dios. Tenía una fe viva y asistía de buena gana a las celebraciones religiosas, así como a las grandes solemnidades que marcaban cada año los aniversarios de los santos en los lugares de peregrinación. Hacía grandes limosnas y se alegraba mucho con la hospitalidad que practicaba su mujer. Los dos esposos vivían pues en perfecta armonía y tenemos una prueba impresionante de ello leyendo el relato de los últimos momentos de Mauricio.

Durante su enfermedad, Raingardis no dejaba un instante su cabeceira y se ingeniaba haciendo todo lo posible para ayudarlo, poniendo en primer plano la salvación de su alma. A fin de que él pudiera pensar en lo esencial, ella redacta su testamento en su presencia, resuelve los litigios pendientes, designa a los herederos, divide las tierras, se ocupa de todo a la perfección.

Cuando todo esto estuvo terminado, Raingardis se puso a exhortar a su marido para que se preparase para el encuentro con el Señor. Pedro, muy

joven monje en el priorato de Saixillanges, asistía a la escena. Mientras todos estaban desolados alrededor de ella, Raingardis se mantenía con los ojos secos. Ella hablaba a su marido de su salvación eterna, invitándolo a sondear su conciencia, a confesar sus pecados, a dar limosnas a los pobres, sabiendo hasta qué punto el juicio de Dios es temible, pero confiando en su infinita misericordia.

Una vez confesado, Mauricio recibió como viático la eucaristía y, según la costumbre de las personas piadosas de la época, se revistió del hábito monástico antes de morir. Ella hizo llevar su cuerpo a Sauxillanges, —el monasterio fundado en las tierras de los Montboissier— y según la expresión voluntariamente buscada por su hijo, “*lo entregó a los monjes para que fuera, como un monje, enterrado entre los monjes*”. Por su parte, multiplicó oraciones, peregrinaciones y limosnas por el descanso del alma de su marido.

Su entrada en la Abadía de Marcigny sur Loire

Presionada por sus parientes cercanos para volver a casarse rápidamente, Raingardis supo no dejar ver en absoluto su repugnancia por esa solución. Eludiendo con habilidad toda proposición precisa, dio a entender que ya había encontrado un excelente partido. Mujer íntegra como era, comunicó sólo a dos personas la confidencia: una era su procurador, la otra, su confesor. Cuando llegó el día de Pascua, estando todos los asuntos materiales y espirituales en orden, partió para encontrarse con el nuevo esposo de su elección... al monasterio de Marcigny.

Durante la noche precedente a esta entrada en el monasterio, había tenido lugar una escena extrañamente bella. Acompañada de su único confidente religioso, Raingardis se había dirigido a la tumba de su marido para decirle un último adiós: “*Ella lloraba en presencia de su Creador las faltas de su marido y lloraba también sus propias faltas con gran dolor; después se confesó declarando todo lo que sabía de los pecados de su marido y de los suyos propios desde el comienzo. Esto duró hasta medianoche*”. Este episodio ilustra bien la profundidad de la comunión espiritual que existía entre ambos esposos y que perduraba más allá de la muerte.

Las buenas religiosas de Marcigny la acogieron con alegría y se dieron cuenta rápidamente de que Raingardis tenía preciosas cualidades. Como ella era “*muy hábil y muy inteligente*”, le confiaron el cargo de mayordoma del monasterio. Por esta razón, tuvo que ocuparse de una cantidad de cosas materiales para procurar al monasterio y a las hermanas todo lo que les era necesario. Adivinamos aquí que su pasado de madre de familia numerosa envuelta en los asuntos de una gran mansión señorial, le fue de alguna utilidad.

Su fisonomía monástica

Raingardis cumplió su nuevo oficio con tanto amor y solicitud por las personas como si se tratara de sus propios hijos. Parece haber sido de una bondad poco común. Se ingeniaba para prevenir los deseos de las hermanas y sobre todo de las enfermas, iniciándose en la cocina aunque antes no sabía nada al respecto, variando los menús y la preparación de los platos, dándole a una comidas asadas; a otra, hervidas; a una, alimentos salados; a otra, dulces. En fin, lamentándose cuando la pobreza de la casa no le permitía satisfacer todas las demandas. Encargada además de una multitud de asuntos exteriores que la obligaban a salir de la clausura para tratar con los seculares, así como de la acogida de los pobres, Raingardis, adivinamos, debía tener las jornadas bien llenas. Mantuvo este oficio hasta su muerte, durante cerca de veinte años, y no se le había *“jamás oído decir una sola palabra un tanto ruda”*. Incluso con respecto a ciertos pobres “profesionales” que abusaban de su situación presentándose todos los días, nunca los regañaba y los llamaba riendo sus “hijitos”.

Naturalmente, Pedro subraya la piedad de su madre. Recuerda su asiduidad en la oración y sus éxtasis y da un muy hermoso testimonio de su devoción a Cristo crucificado. Para no retener más que un solo aspecto de la devoción de Raingardis, su piedad conjugaba indisolublemente al Espíritu Santo y la Virgen María. Siendo madre de familia ya tenía esta devoción, y al convertirse en monja la conservó, despidiendo siempre a su visita con la misma fórmula: *“Hijo, te confío al Espíritu Santo y a la bienaventurada Virgen Madre”*.

Su muerte

Mientras Pedro el Venerable regresaba del concilio de Pisa a comienzos del verano de 1135, súbitamente un mensajero de Cluny vino a comunicarle que su madre había muerto unos días atrás, el 24 de junio, en la fiesta de san Juan Bautista. El abad, entonces de alrededor de cuarenta años de edad, recibió esta novedad *“como un mazazo en plena frente”* y debió alejarse para ocultar sus lágrimas. Al día siguiente, habiendo recobrado con gran esfuerzo una apariencia calma, celebró la misa por el descanso del alma de su madre. Acabado el viaje, su primer cuidado fue dirigirse a Marcigny para recoger de la boca misma de las monjas que la habían acompañado, el relato de los últimos momentos de Raingardis. Con una sola voz, las hermanas hicieron el elogio de la difunta: una decía haber perdido a su madre, otra a su hermana, otra hasta a su hija; todas se encontraban en un lamento común: el monasterio había perdido a su madre. Pedro, por su parte, multiplicó las referencias bíblicas para intentar traducir todo lo que se le decía entonces:

para los pobres, Raingardis era otra Tabitá; para los huéspedes, una nueva Sara; para las hermanas, la encarnación de Marta. “*En ella las ocupaciones de Marta no disminuían en nada la tranquilidad de María y el descanso de María no impedía los trabajos de Marta*”. En realidad, cada vez que ella abría la boca, se adivinaba en sus palabras la intensidad de su contemplación.

En su lecho de muerte, después de haberse confesado y haber comulgado, Raingardis pidió que se le trajera un crucifijo. Besó los pies de Cristo en la cruz implorando misericordia y, como se aprestaban a retirárselo, protestó vivamente: “*¿Por qué quieren quitarme a mi Maestro? Permítanme, mientras viva, permanecer con aquel hacia quien debo ir tan pronto como esté muerta*”. No era una simple imagen lo que ella pensaba tener entre sus manos —destaca su hijo—, sino precisamente la realidad del mismo Salvador.

En ese último instante, pronunció esta oración: “*Mi muy querido redentor, yo sé dónde será llevado este cuerpo y no ignoro dónde esta alma debe ser llevada. Este cuerpo tendrá por un tiempo su retiro en la tierra; pero mi dulce Jesús, mi Salvador eterno, ¿qué retiro tendrá esta noche mi alma? ¿Quién la recibirá? ¿Quién vendrá al encuentro de ella? ¿Quién la consolará? ¿Quién la librará de las aflicciones, de los dolores y de la muerte? ¿Y quién, después de tantos trabajos soportados en el mundo, le dará la feliz residencia, el descanso y la vida? Nadie sino tú, mi Salvador, porque todos mis parientes estarán entonces muy alejados de mí y yo no puedo, Dios mío, esperar un refugio más que en ti. Yo abandono pues, en ti, a tu creatura. Confieso que soy culpable ante ti de todos los pecados. Te pido ahora esa misericordia que he esperado durante tan largo tiempo y entrego mi cuerpo y mi alma en tus manos*”. Habiendo acabado estas palabras, dijo a las hermanas: “*Tómenme ahora y llévenme a donde ustedes quieran...*”. Como una exiliada y una mendiga, fue puesta sobre la ceniza y el cilicio (según la costumbre cluniacense) e inmediatamente después, ella pasó con extrema tranquilidad hacia su Redentor a la hora misma en que, muriendo Él mismo para dar la vida a los muertos, inclinando la cabeza había entregado su espíritu en la cruz».

Así vivió y murió Raingardis, esposa amante, madre de familia numerosa, monja ejemplar: nació para la vida eterna el día del nacimiento al cielo del Precursor del Señor.

Monasterio Nuestra Señora de Belloc
Urt
F-64240 Hasparren
FRANCIA